

La Pintura

Emmanuel Vergara Jurado
emmanuelvj02@gmail.com

Licenciado en inglés y español, egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana.

He participado en el libro Formar para la investigación e investigar para la formación: Informes de investigación de la UPB. Apasionado por los idiomas, el cine y los viajes. Mi mayor influencia literaria ha sido Manuel Mejía Vallejo, a través del cual he logrado comprender e interpretar lo simple como algo maravilloso.

El pintor tomó asiento al frente de su lienzo para entregarse a su trabajo. Sacó su esbelto pincel envuelto en gruesos y firmes pelos, y le encomendó iluminar su lugar con la pintura que estaría a punto de realizar. Tomó su virola con el pulgar y dedo índice derecho, y su mango se apoyó con tranquilidad y confianza en el resto de su mano. Empezó salpicando un azul cálido como el cielo en primavera por todo el cuadro. Luego, el hombre y el pincel añadieron con gusto pequeños algodones esparcidos en la parte superior de aquel espacio.

—Dan ganas de tirarse en ellos, ombe pincel. Qué bonito va quedando —exclamó el pintor mientras se limpiaba el sudor que brotaba en su cabeza por el esfuerzo realista que daba a su obra.

Un borde ladeado de color verde y con un contorno poco simétrico empezó a dividir el cuadro, y se extendía de arriba a abajo en diferentes tamaños. La pintura ahora estaba dividida.

—Vamos bien, mi querido pincel —dijo el hombre sacando una breve sonrisa de su rostro.

Aquel borde empezó a bajar por el cuadro estableciendo uno y otro camino. Algunos eran extensos, otros cortos y otros se cruzaban por encima de los demás. Luego, empezó a brotar un verde en la parte inferior de aquella línea divisora, estableciendo así las vastas montañas del campo. La claridad de lo que se veía por encima de ellas pasaba ahora a ser un cielo tranquilo con sus dulces nubes que se reflejaban sobre aquellas montañas con sus sombras, que inspiraban vida y alegría entre el juego intenso de la luz y la sombra.

—Qué bonito paisaje, ombe pincel ¿No creés? Todo eso creado por vos y por mí.

El hombre dio por terminada su obra y colgó su pintura en la pared más cercana que tenía. Con aires de grandeza, como cual rey ante su pueblo, se paró al frente de ella poniendo sus brazos con forma de jarrón sobre su cintura. Suspiró por su trabajo con una gran sonrisa mientras una lágrima pasaba cerca de ella, pues era lo único bueno que había hecho en todo su tiempo, o al menos eso pensaba.

—Le quedó bonita la pintura, ombe —dijo el policía que pasaba en ese instante por su celda.

—¿Cierto, oficial Orozco? Por fin tengo un lugar fresco para ver en esta celda, por fin tengo una ventana.